

C
PC4628

N54

V.1



PRÓLOGO

He procurado en mi «Historia crítica de los sistemas filosóficos» y en mis «Conferencias sobre Filosofía y Fisiología», modificar los sistemas legendarios y relacionarlos sobre la base hoy admitida (tesis, antítesis, síntesis), adicionando á esta trilogía de carácter *positivo*, un elemento negativo, ó sea el coeficiente indefinido que la hace *vivir*.

Ahora voy á proceder estudiando las palabras que suponen más especialmente un sistema filosófico, esto es, analizando los símbolos cardinales del pensamiento, y relacionándolos siempre con el criterio científico que llamo *viviente*, como hice respecto de los sistemas. Así procuraré dar vida en el pensamiento á las palabras, muertas en el aire ó en el papel, restituyéndolas aquello mismo de que se las priva al usarlas como *símbolos*, necesarios para la comunicación de pensamientos.

Semejante labor es inmensa, irrealizable en absoluto, y aun el acometerla fuera insensatez en mí, si no me moviera la consideración de que todo el mundo la acomete, al dar un sentido, una significación á las palabras que usa, oye ó lee; y lo que procede es simplemente procurar, en el mayor grado posible, la legitimidad de este *sentido*, otorgado más ó menos arbitrariamente á un sonido ó á una figura trazada en el espacio.

¡La palabra! ¡Qué cosa más vulgar y más portentosa al propio tiempo! Los diccionarios de la lengua definen las palabras, dándoles bien ó mal, mediante otras palabras, el sentido que hemos aprendido de nuestros mayores. Tal es la definición tradicional, que se presta, por una parte á la sanción de la experiencia diaria, y por otra á la del sentimiento, la fe con que se acepta cuanto viene de fuera y cuanto procede

de nosotros mismos. Investigar los fundamentos de esta fe es definir filosóficamente las palabras.

He dicho que la palabra escrita es el símbolo de la palabra hablada, y en esto no creo que nadie oponga el menor inconveniente. Es tan obvio *ver* en lo que se escribe *una figura* en el espacio, directamente relacionada con el sonido correlativo, que semejante relación no ha menester de otro linaje de demostración.

No es ya tan sencillo, pero aun es fácil, considerar las palabras habladas como símbolos de lo que se piensa. Estos símbolos son distintos en los diversos idiomas, aun refiriéndose á un pensamiento mismo. Los que saben lo necesario para *traducir* de un idioma á otro, comprenden igualmente lo que se dice en cualquiera de ellos.

Hasta aquí sólo se trata de *saber*, por experiencia usual ó por estudios filológicos, las relaciones entre las ideas y los signos, fonéticos ó visuales, que les corresponden; mas á este elemento *saber* hay que agregar otro no menos indispensable, el de *sentir por sí mismo* esa relación que se *aprende* cuando se nos la enseña desde fuera. Tal sentimiento es instintivo y abrevia de un modo pasmoso, si bien se mira, la educación del niño en el lenguaje usual. De la noche á la mañana oímos á la tierna criatura, no ya palabras inconexas, que así y todo no dejan de significar ciertas relaciones sentidas; sino palabras relacionadas entre sí, y que suponen una función dormida, despertándose espontáneamente al compás en que la mueven impulsos venidos de la exterioridad correlativa.

Tan es de rigor un *coeficiente subjetivo* en la formación del lenguaje, que no se concibe éste sin haber nacido alguna vez con *franca espontaneidad*.

Aunque supusiéramos hijos capaces de hablar, nacidos de matrimonios sordo-mudos y aislados en un desierto, ellos acabarían por hablar y entenderse con palabras, como se entenderían sus progenitores por gritos y *por señas*, ó sea por signos escritos en el espacio, salvada la imposibilidad de *escribirlos en el tiempo*. La escritura humana no es más que traducción á forma geométrica de las formas del *gesto* ó expresión de la cara ó de todo el cuerpo, determinadas por la espontaneidad orgánica en relación con la del pensamiento.

Resulta, en fin de cuenta, que á los dos simbolismos sucesivos: el de la palabra hablada por la palabra escrita, y el de los pensamientos por la palabra hablada ó escrita; procede agregar un tercer simbolismo: el del sujeto humano que pasa instantáneamente de sujeto absoluto aislado, equivalente á nada, á sentimiento de sí propio. Aparece como símbolo en esta postrer función el *elemento formado* que ella implica á cada momento, dando, digámoslo así, cuerpo á lo que pudiera lla-

marse espíritu puro, si fuera posible concebirlo en estado de pureza; á lo incorpóreo é *infenomenal*, límite extremo de todo lo fenomenal.

Así es como se siente con el pensamiento, definido en forma de ley, el coeficiente indefinido, indispensable para su *actual definición*; y así es como se lleva la palabra de grado en grado desde la lectura á la audición, desde la audición al pensamiento, y desde el pensamiento al sentimiento de la *actualidad* de la función práctica, limitativa á un tiempo de lo pasado y de lo porvenir, de lo hecho y de lo no hecho, del *sér* y del no *sér*. En vano protestarán lo pasado, el hecho y el *sér*, con la pretensión de que ellos son lo positivo, y de que positiva y resueltamente no debe contarse con lo porvenir (lo indefinido), con lo no hecho ó con el no *sér*. En el momento mismo en que el extremo hecho desecha el otro extremo que se le antoja estorbarle, no sólo se deshace de un supuesto enemigo, sino que se deshace de sí propio, privándose del polo indispensable, para el *instantáneo cruzamiento que constituye lo presente*. Todo se derrumba de esta suerte, y con la síntesis, la práctica y el sentimiento, desaparecen la análisis, la teoría y la reflexión.

Cruzarse el sentimiento con la reflexión, la teoría con la práctica, la análisis con la síntesis, es la función de vivir, práctica y teóricamente considerada y ejercitada.

El criterio teórico-práctico comienza por considerar los extremos que á cada instante aparecen teóricamente distinguidos, como distinguidos sí, pero solamente por relación á la práctica, la cual aparece á su vez como función de identificarlos por relación á la teoría. Ambos modos de relación se imponen activamente límites, y el límite común, asignable sólo como medio entre todos los extremos, es el *instante presente* en que se pronuncia la palabra.

Voy, pues, en mi diccionario á *analizar la palabra*; pero á analizarla relacionándola siempre con la función de vivir en el pensamiento. Claro está que semejante relación, próxima ó remota, ha de corresponder á todas las palabras sin excepción alguna; pero elegiré sólo las más directamente relacionadas con la función de pensar, las que signifiquen las ideas más generales, las que más próximas se hallen al coeficiente indefinido del pensamiento en general. Así lo haré, ó al menos procuraré hacerlo, bien persuadido de que en este primero é imperfectísimo ensayo han de escaparse muchos vocablos importantes y de los más luminosos. Esto sin contar con que por otra parte utilizaré voces vulgares, de raíces someras en el terreno filosófico, si se me antojan oportunas para consignar alguna analogía importante ó para auxiliar al lector en la tarea de apropiarse pensamientos filosóficos.

En cuanto al sentido de las palabras habré de exponerle siempre